

Lacan saluda a Tristán Tzara

Vengo de Argentina y les hablaré de Sami Rosenstock, un escritor rumano conocido como Tristán Tzara. Y esto porque el 18 de marzo de 1980 Jacques Lacan, al recibir la mano que le tendía el señor A., filósofo, quedó pasmado por recordar un título de Tristán Tzara: *El señor Aa, el antifilósofo*.

Éluard me enternece –dice Lacan–, pero el señor A no me enternece.

Dice también que no tiene nada que ver con el surrealismo, al que sólo contribuyó de manera lateral para hacer rabiar a André Breton.

Cuando recuerda el título de Tristán Tzara, aclara: “Esto data de Dada, es decir, no de las zalamerías que comienzan con *Litterature*, revista a la que no di una sola línea”.

La oposición entre Dada y el surrealismo remite a un momento preciso y comparable al que Jacques Lacan había iniciado una semana antes con su declaración de guerra: *Delenda est*.

Georges Huguet, en su libro *La aventura Dada*, cuenta la historia del llamado *Congreso de París*: “No olviden que 1922 mar-

*Leído en el Encuentro Jacques Lacan, realizado en París. Publicado en *Connaissez-vous Lacan?*, Ed. du Seuil, Paris, 1992.

ca el final de la maravillosa aventura Dada. Por no haber querido convertirse en tópico ni academicismo, Dada va a morir”.

Y prosigue: “Con el fin de continuar su programa de puesta a punto de las ideas modernas y del comportamiento de Dada a su respecto, Breton propone a los miembros del movimiento la celebración de un congreso que cumpliría esa misión. Su proyecto recibe la aprobación de los dadaístas a quienes divierte la perspectiva de ridiculizar el arte una vez más y exteriorizar de nuevo su humor y su protesta”.

Los dadaístas, sin embargo, no están de acuerdo con la institucionalización que propone Breton: “Tienen lugar varias reuniones en el curso de las cuales algunos miembros expresan su temor a ver el Congreso saboteado por los dadaístas. El comité decide entonces tomar ciertas medidas de las que dependerá el éxito del Congreso. Por ejemplo, limitación de la duración de las intervenciones, retirada de la palabra a los saboteadores y, en caso de gran alboroto, expulsión de los provocadores por cualquier medio”.

Para los dadaístas estas medidas de Breton y sus amigos eran ya una provocación y deciden obstaculizar el Congreso.

Breton, en nombre del Comité, intenta incorporar a Tristán Tzara, quien le responde: “Querido amigo, he pensado en la proposición que me has hecho de entrar en el Comité del Congreso de París. Tengo el gran disgusto de decirte que las reservas que había formulado acerca de la idea misma del Congreso no cambian por el hecho de que participe en él y me resulta bastante desagradable tener que rechazar la oferta que me has hecho”.

Breton pasa al ataque: “Desde este momento, los abajo firmantes, miembros del comité organizador, quieren poner a la opinión pública en guardia contra las maquinaciones de un personaje conocido como el promotor de un movimiento venido de Zurich que no es necesario designar de otra manera y que hoy ya no responde a ninguna realidad”.

También dirá que Tristán Tzara es un “impostor ávido de publicidad”.

La xenofobia y la difamación de este comunicado provoca una respuesta de Éluard, Erik Satie y otros: “Los preparativos burocráticos y ridículos del gran congreso para la delimitación del arte moderno, obtienen ya sus frutos y crean complicaciones donde aparece el verdadero espíritu de los organizadores; deseo de aniquilar lo que está vivo y reacción en todos los dominios”.

La cuestión se complica y cada vez son más los que participan del torbellino, donde se suceden las alianzas que cambian según el humor del día y los ataques cruzados.

Para decirlo con palabras de Tristán Tzara en uno de sus manifiestos Dada de 1918: “Esta tarea no fue ordenada por una fuerza sobrenatural, sino por el cartel de los mercaderes de ideas y los acaparadores universitarios”.

En efecto, se busca el espíritu de seriedad que se traduce en alianzas que aparecen en la revista *Littérature* (“a la que no le di una línea”, dice Jacques Lacan).

Littérature publica a Gide, Valéry, Max Jacob, Blaise Cendrars y André Salomon.

Breton, en una conferencia que por la época realiza en Barcelona, habla de su ruptura con Tristán Tzara: “Según su propia confesión –dice– Tristán Tzara hubiera sido aventurero de alto bordo (*sic*), de finos gestos, si hubiese tenido la fuerza física y la resistencia nerviosa para realizar esta sola hazaña: no aburrirse. Hacia finales de 1919, llega Tzara a París, un poco como el Mesías. A las dos o tres primeras palabras que pronuncia, yo mismo le supongo una vida interior de las más ricas y acepto de entrada todo lo que propone. Parece que entonces Tzara haya manejado a su antojo algunas de las máquinas de ese terror necesario. Así, Picabia, Aragon. Éluard y yo le dejamos hacer sin preguntarle nada. Tzara está exento en aquel momento de todo compromiso. Su poesía, que por otra parte posee recursos extraordina-

rios, no es el instrumento más terrible que se conozca. En fin, su llegada acaba con todas esas buenas viejas discusiones que gastaban cada día un poco más los adoquines de la capital. Sí, señores, Tzara caminó un tiempo con ese desafío en la mirada, y, sin embargo, toda esa hermosa firmeza no la puso a la altura de un auténtico golpe de Estado. Y es que Tzara, que no tenía ojos para nadie, un día de aburrimento se dio cuenta de que sí los tenía para él..." (*Los pasos perdidos*, pág. 153).

El despecho de Breton es evidente, luego intenta decir que Tristán Tzara habría tomado de otro su posición –lo cual, le ocurre a cualquiera– después de haber reconocido que “En el instante en que Tristán Tzara lanzaba desde Zurich una proclama decisiva, el Manifiesto Dada de 1918, Jacques Vaché, sin saberlo, confirmaba sus principales artículos (...) La oscuridad de nuestras palabras es constante. La adivinanza del sentido debe estar en manos de los niños” (*idem*, pág. 65).

Tristán Tzara, que había estudiado matemáticas, es comparado con Valéry y en ese deslizamiento Dada es el *cogito*: “Equivocadamente se asimila Dada a un subjetivismo (...) si me atengo a la opinión de Valéry el espíritu humano me parece hecho de tal modo que no puede ser incoherente para sí mismo. Estimo que, por otra parte, tampoco puede ser incoherente para los demás” (*idem*, pág. 66).

Sin embargo, puede deducirse de Dada algo que también fue afirmado por Jacques Lacan, en ocasión de su viaje a Caracas: “No creo por ello –prosigue Breton, quien está describiendo a Dada– en el encuentro extraordinario de dos individuos (...) sino solamente en una serie de malentendidos aceptables, fuera de un pequeño número de lugares comunes” (*idem*, pág. 66). Los lugares comunes de la significación de los enunciados, el malentendido que constituye al acto de enunciación en tanto es inconsciente.

Cinco años antes de recordar al *Senor Aa*, el *antifilósofo*, Jac-

ques Lacan había hablado de *antifilosofía* en una apuesta que no era la de *Delenda*, sino la apuesta universitaria (“Peut-etre a Vincennes”), para mostrar allí de qué se sirve el psicoanálisis mediante un programa organizado por cuatro términos: Lingüística / Lógica / Topología / Antifilosofía. ¿A qué llama *antifilosofía*? La investigación de lo que el discurso universitario debe a la suposición “educativa”, sin que se trate de una “triste” historia de las ideas. Recoger con paciencia la imbecilidad que está en juego en el asunto, para valorar la raíz indestructible de este sueño eterno.

La enseñanza, en la ocasión, se opone a la educación y la palabra “saber” aparece una sola vez (*Ornicar?* 1, enero de 1975).

¿El cartel, anunciado en esta misma intervención de 1980, es un modo de enseñanza antieducativa?

De cualquier manera, Jacques Lacan con su *Delenda* está más cerca de Dada que del surrealismo: “Se me imputa de buena gana –dice– un surrealismo que está muy lejos de mi talante”.

En ese momento, cuando se produce la disolución y el lanzamiento de la Causa freudiana, Jacques Lacan dice: “¿Qué es lo que se fija? El *deseo* que, por estar tomado en el proceso de la represión, se conserva en una permanencia que equivale a la indestructibilidad”.

La revista *Littérature* había tenido una primera serie (1919/1921) de veinte números y una segunda serie de trece números (1922/1924), lo que se corresponde con la juventud de Jacques Lacan, quien dice: “Lo que se trata de establecer es el lazo de *esta fijación* del deseo con los mecanismos del inconsciente”.

En la ocasión cuenta con el remolino, con la doctrina de su enseñanza y con su conocimiento del deseo que circula en los grupos: “La Causa freudiana está empezando a existir por sí sola –dice, poco antes de partir hacia Caracas–, por el hecho de que la invocan, lo cual dice que se hacen propaganda con ella”.

Estamos en los comienzos de una apertura translingüística y también internacional. ¿Cómo no recordar a Dada?

La relación entre Tristán Tzara y André Breton dura poco. Dada viene de Zurich y del grupo del *Cabaret Voltaire* que tenía en 1916 una revista.

La revista *Cabaret Voltaire* –existía dicho cabaret– estaba en relación con la *Galería Dada* en Zurich. Ese grupo de Zurich, en medio de la primera guerra, estaba formado por gente heterogénea: Hugo Ball, refractario alemán, Richard Huelsenbeck, alejado del ejército alemán, el alsaciano Hans Arp (que se había librado de las movilizaciones francesas y alemanas) y los rumanos Tristán Tzara y Marcel Janco en 1916. En 1918 existe un grupo Dada en Berlín donde, entre otros, está George Grosz. En Barcelona Francis Picabia publica una revista, en Nueva York se encuentra Marcel Duchamp.

El Congreso de París, del que Tzara se desentiende, acerca en la organización a Picabia y Breton. Dada se convertirá en *surrealismo* y Robert Desnos y André Breton se internan en lo que se llamará “escritura automática”, mientras Aragón practica con el juego del *pastiche*.

La ruptura con Dada se consuma en la sesión del *Cœur à barbe*, un espectáculo de Tzara y sus amigos que se interrumpe por un enfrentamiento violento con Breton y los suyos.

Marx Ernst, Hans Arp y Tristán Tzara leían a Freud –que no estaba traducido– en el idioma original, mientras que los surrealistas de Breton lo conocían de segunda mano y mantenían cierta distancia.

Breton habla de una *inconsciencia* (no de inconsciente) a la que se llega por la escritura automática.

Breton, sin embargo, quiere colocarse en el freudismo; su libro *Los campos magnéticos* es el registro de la escucha de enfermos mentales en Saint-Dizier.

Jean Starobinski ataca a Breton como alguien que está en la rama “aberrante” del espiritismo, la parapsicología y alejado de Freud. Cuando los surrealistas se embarcan en el sueño de la “re-

volución”, es la “subversión” Dada la que dejan. Recordemos que Jacques Lacan *opone* el término subversión al término revolución. Es el problema de la revolución, la posición del Partido Comunista Francés, Stalin, etc., lo que terminará por hacer de estos dos significantes una verdadera oposición: la revolución *conservada* en Rusia, la subversión un poco en cualquier parte. Tristán Tzara seguirá afirmando que “la poesía puede existir aparte del poema”, que existe una actividad del espíritu que es “un encadenamiento, en apariencia arbitrario, de imágenes; es suprav verbal, pasivo, y en su esfera es donde se colocan los sueños, el pensar fantástico e imaginativo y las ensoñaciones diurnas” (citado por Jacqueline Chénieux-Gendron, *El surrealismo*, Ed. FCE, México 1984).

El acento puesto en el *sujeto* hace que el *objeto* quede a merced de lo que se llama *azar objetivo*: objetos encontrados, objetos soñados que pueden luego fabricarse, textos que el azar convierte en poéticos. Marcel Duchamp abrió esta perspectiva con los objetos ya fabricados, pero que se constituyen como tales al ser *elegidos y firmados*.

Por su parte Jacques Lacan verifica que el único delirio de Tzara era con Villon, de quien termina por desentenderse. Lo que le da, dice, cierta esperanza. ¿En relación a qué? Continuemos. André Breton aparece en los *Escritos*, Tristán Tzara está ausente. Este hecho valoriza la aparición de ese nombre, que sorprende al mismo Jacques Lacan, en aquellos días turbulentos de 1980. Y esta vez André Breton aparece en boca de Jacques Lacan junto con Tristán Tzara y con una doble demarcación: Jacques Lacan se equivocó al suponer que a Tristán Tzara podía interesarle un trabajo suyo (“La instancia de la letra...”) y por otra parte sólo tuvo algo que ver con el surrealismo para “fastidiar” a André Breton. En efecto, un texto de Breton publicado en *Los pasos perdidos* fue difundido en el número tres de la revista *Le Minotaure* (diciembre de 1933): en el mismo volumen Jacques Lacan publica “Motivos del crimen paranoico”. El texto de André

Breton se refiere al estilo en una perspectiva opuesta a la desarrollada por Jacques Lacan en su artículo “El problema del estilo y la concepción psiquiátrica de las formas paranoicas de la experiencia” (*Lé Minotaure*, n° 1, junio de 1933). Por otra parte Breton insulta a Clerembault, psiquiatra del que Lacan se considera discípulo en psiquiatría.

Sin embargo las dos referencias a André Breton que aparecen en los *Escritos* son cautelosas y una de ellas puede incluso ser considerada como elogiosa. En “La dirección de la cura...” se trata del objeto fóbico en tanto significativo, y del fetiche en tanto objeto percibido en el recorte del significativo y es ahí donde se hace referencia al *Coloquio de las armaduras*, subtítulo de una parte del texto de Breton llamado “Introducción al discurso sobre la poca realidad” (incluido en *Apuntar del día*, Ed. Monte Avila, Caracas 1974). Esas armaduras emiten voces de mujeres y a eso se reduce el objeto. Además se habla allí de construir objetos soñados, de transformar en *percibidos* esos objetos producidos por el recorte del significativo.

La segunda referencia, en el mismo escrito, habla del azoro ingenuo de Breton al conocer a ese burgués de Viena que era Freud.

Las dos referencias se equilibran, pero las alusiones son negativas: “...la belleza será estercolaria o no será” leemos en “Situación del psicoanálisis en 1956”, en alusión a la frase de Breton “La belleza será convulsiva o no será”.

En “El estadio del espejo...” se habla de la estructura paranoica del conocimiento humano, que otorga autonomía al campo de fuerzas del deseo, pero que también determina “esa poca realidad” denunciada por la “insatisfacción surrealista”. Esta insatisfacción, lo sabemos, es la de Breton, y en el texto aludido se anuncia, entre otras figuras, de la siguiente manera: “El lenguaje puede debe ser liberado de su esclavitud (...) ¡Silencio! para que yo pase por donde nadie nunca ha pasado. ¡Silencio! Des-

pués de ti, mi hermoso lenguaje” (“Introducción al discurso sobre la poca realidad”).

Por último, una alusión más: “Que la obra de Sade se adelanta a Freud, aunque sea respecto del catálogo de las perversiones, es una tontería, que se repite en las letras, la culpa de la cual, como siempre, corresponde a los especialistas”. La afirmación criticada es de André Breton, y el especialista es el Dr. Régis, en quien Breton encuentra un resumen de las teorías de Freud (*El surrealismo*, J. Chénieux-Gendron, pág. 101).

Cuando Jacques Lacan evoca como antecedente a Dalí, Crevel y la paranoia crítica, dice que el “origen de este interés” se encuentra en el rastro de de Clérambault. ¿Qué dice Breton? *Nadja* desata una polémica por decir que un loco deberá aprovechar un momento de lucidez para matar a su psiquiatra. De Clérambault interviene para decir que un psiquiatra debería estar protegido frente a la eventualidad de ser atacado por un enfermo, y que no debería ser jubilado prematuramente si se encuentra en la situación de tener que matar a uno de ellos: “Se comprende –comenta Breton–, de acuerdo con sus declaraciones, que el Dr. de Clérambault no haya encontrado mejor manera de ejercer sus brillantes facultades que en el marco de las prisiones, y también se explica que posea el título de médico-jefe en la enfermería especial de la cárcel de la prefectura” (“La medicina mental frente al surrealismo”. en *Apuntar del día*). Quería “hacer rabiar a Breton” dice Jacques Lacan, al final de su vida. Breton, al parecer, le había hecho rabiar.

Por su parte, Tristán Tzara “deliraba” con Villon, quien aparece en “Función y campo de la palabra...” cuando Jacques Lacan comenta que el *ce suis-je* (esto soy) de los tiempos de Villon se ha convertido en el *c'est moi* (*soy yo*, literalmente, *esto es yo*) del francés moderno.

De *esto soy* a *esto es yo*, existe un deslizamiento que podría seguirse en el ensayo sobre la noción de persona de Marcel Mauss.

¿Por qué suponía Jacques Lacan que Tristán Tzara se interesaría por “La instancia de la letra...”? Les recuerdo el final de otro escrito: “...Sumisión, don, merced. *Da da da*”. Una llamada a pie de página en “Función y campo...” de 1966, a propósito de la invocación de la palabra, cita a Francis Ponge. No estamos en el dios del trueno –Prajápati–, sino cerca del campo Dada. Ese campo de sumisión, don y merced que instaura la invocación de la palabra.

¿No podemos, entonces, situar la propuesta del cartel del lado de un saber *anti*, de un saber que la educación quisiera jerarquizar?

“La jerarquía –dice Jacques Lacan– no se sostiene sino por administrar el sentido”.

¿Cómo no recordar aquella afirmación de Dada en 1918?: “(...) los banqueros de la lengua siempre recibirán su pequeño porcentaje de la discusión”.

La sumisión, el don y la merced tienen un límite en el malentendido radical que *El señor Aa, el antifilósofo*, enuncia así en su manifiesto: “Es decir que miento. Miento aplicándolo, miento no aplicándolo, miento cuando escribo que miento pues no miento –pues he vivido el espejo de mi padre– escogido entre los atractivos del *Baccarat* –de ciudad en ciudad– pues yo mismo nunca he sido yo mismo...”.

“No tienen idea –dice Jacques Lacan en esta misma intervención– de adónde puede llegar el delirio sobre mí”.

Como he tratado de jugar con la conexión de los nombres propios, quisiera llamar la atención sobre los nombres propios que aparecen en la intervención del 18 de marzo de 1980, donde se proponen los carteles y se habla de *El señor A. A* su vez, esos nombres propios se conectan con una secuencia que, en homenaje a Tristán Tzara y en recuerdo de la alegría de Jacques Lacan, he dispuesto de esta manera:

F. Villon (Delirio de T. Tzara)	T. Tzara A. Breton P. Eluard	S. Freud C. Marx	P. Legendre	P. Soury Ch. Rabant	C. Soler M. Silvestre E. Laurent
Juventud Provocación	Deseo Síntoma	Legalidad Analistas	Interrogación Carteles	Disolución	

Este saludo, a la manera de Dada, incluye un elogio a la orientación que en muchas ciudades hemos recibido estos últimos diez años de la enseñanza de Jacques-Alain Miller. ¿Cómo decirlo en una palabra, incluso en una letra? Lo diré así: pasamos de la exclamación *jah!* al objeto *a*, de la pasión primaria de la admiración a una lógica.